

**E**N mi caso, resulta difícil y hasta peligroso referirse al proceso de la creación artística, pues soy un autor teatral de reciente iniciación, con sólo tres obras estrenadas y que, consecuentemente, estoy recién experimentando en el campo de la creación y buscando, aun a tientas, mi método de trabajo.



Pero hay un hecho cierto. Mi calidad de comediógrafo está siempre presente en mí, constituyendo una especie de deformación profesional. Inconscientemente voy registrando día a día los hechos, las situaciones, los personajes y hasta las frases que se me presentan y que me pueden

servir de materia teatral. Hay veces que me sorprendo diciendo: "Esto puede ser una buena situación de comedia", o "este rasgo de Fulano puede servir de base a un personaje interesante".

No anoto. Simplemente registro mentalmente la materia susceptible en ser transformada en texto de teatro. Después, cuando escribo, mediante un proceso que psicólogos o biólogos podrían tal vez explicar, aflora la situación, los personajes o la frase que meses o años atrás registré y que preciso para la comedia.

De lo anterior, queda dicho que los elementos con que construyo mis obras son frutos de la observación directa, convenientemente deformada o reformada para que adquieran la necesaria calidad dramática.

Una vez determinada la situación teatral o dramática, de la que siempre parto, trato de individualizar a los personajes. Ellos nacen de características de diversas personas que conozco. Determinadas sus personalidades, trato de familiarizarme con ello en forma íntima, si de mis personajes mucho más que lo que ellos tendrán que expresar en la comedia, única forma de que sus parlamentos y hechos mantengan una línea unitaria. Además de esta familiarización con los personajes, hago otro tanto con el lugar de acción, no entendiéndolo por tal exclusivamente el escenario en que transcurrirá la comedia, sino sus alrededores. Así, por ejemplo, si el escenario representa el salón de una casa he de saber cómo es el total de ella; el barrio en que está situada, especialmente de sus lugares más próximos. Esto tiene una gran importancia para el desarrollo de la acción, ya que me permite la entrada y salida de personajes en forma natural, al tener presente donde han estado ellos antes de entrar en acción y adonde van en el momento del mutis.

Precisada la situación teatral o tema que explotaré, familiarizado con los personajes, conocido perfectamente el medio en que ellos se desenvolverán, estoy en condiciones de escribir.

El primer acto —que es de exposición— se hilvana fácilmente con los elementos que ya tengo. Confieso que al empezar a escribir una comedia tengo sólo un vago conocimiento de la forma cómo se desarrollará la acción en el segundo acto, y, generalmente, desconozco su desenlace. Esto va contra todas las reglas de la técnica dramática expuesta en los libros especializados. Sin embargo, si obro así, es porque la experiencia me ha indicado que los personajes principian a autodeterminarse de tal modo, que las más de las veces rechazan un desarrollo preestablecido. Es necesario, pues, seguirlos, limitándose uno a servirles de consejero y acompañante. Por otra parte, el placer de escribir reside en mí en ir descubriendo paso a paso los acontecimientos. Si escribiera sobre una pauta rígida, determinado previamente el contenido de escena tras escena, me resultaría un trabajo eminentemente técnico y limitado en el agrado que produce la labor creativa. No creo posible pretender interesar y entretener si uno, a su vez, no se interesa y se entretiene al escribir.

Por esta misma forma de trabajo, siempre me ha resultado difícil la gestación del último acto. Generalmente pasa un prolongado tiempo antes de que inicie su redacción. Es necesario descubrir en las situaciones y en los personajes, ya completamente trazados en los actos anteriores, el desenlace verdadero y justo que, a su vez, tenga interés dramático.

Estoy aprendiendo, igualmente, a escribir teniendo presente a los posibles actores que interpretarán la pieza. Esto, que es una limitación para la labor creadora, es completamente necesario en el teatro, especialmente en nuestro medio de reducida actividad.

El dramaturgo, a diferencia del novelista o el poeta, necesita de otras personas para llegar hasta el público y, de la misma forma que un escritor que estuviera obligado a imprimir sus libros en una imprenta en que faltaran determinadas letras o signos, trataría de no emplearlos, el dramaturgo que cuenta como imprenta, para llegar al público, a los actores, debe tener presente sus modalidades, virtudes y limitaciones.

Para obrar así hay que tener la modestia de comprender que la obra teatral no nace en el momento en que el autor termina de escribirla, sino cuando se abre el telón de la representación. El texto es una parte —la más importante— del espectáculo teatral, pero el creador final de la comedia es un conglomerado formado por el autor, los actores, el director, el escenógrafo, los asistentes técnicos y el propio público.

De ahí que el autor teatral sea un creador a medias que necesita de "recreadores" para que su obra cumpla con su función.